

INFLUENCIA DEL DOCTOR GONZALO R. LAFORA EN EL AUGE DE LA NEUROLOGIA PATRIA *

B. RODRIGUEZ ARIAS
(Académico Numerario)

Gonzalo Rodríguez Lafora, nacido en Madrid y fallecido el 27-XII-71 en su propia tierra de origen, hijo de médico militar llevado a Cuba (última guerra colonial), ha influido muchísimo —sin la tan socorrida expresión ditirámica— en el auge de la Neurología española, así básica (morfológica y funcional) como clínica.

Huelga trazar una biografía sistemática, para la historia, de la gran figura médica, humanística y ciudadana que representó el maestro y entrañable amigo de tantos de nosotros. "Archivos de Neurobiología" ha publicado en un voluminoso número (octubre-diciembre de 1966) lo que se dijo oralmente y los trabajos y adhesiones enviadas al respecto —verdadero alarde casi exhaustivo— en la sesión-homenaje celebrada el día 19-VI-65, emocionante, perfecta, organizada con motivo de su 80 aniversario.

Yo mismo me desplazé a Madrid y comuniqué una opinión, de tributo

personal, que suscribiría "in crescendo" una y más veces por razones lógicas.

A las cinco semanas de su muerte, el 4-II-72, la "Sociedad de Neurología, Neurocirugía y Psiquiatría de Madrid" quiso rendirle otro homenaje —éste tristemente póstumo— en el que intervinieron 6 discípulos y colaboradores. Recuerdo muy cálido, muy oportuno, de gente agradecida.

Pero mi voz —escuchada en el seno de la Real Academia de Medicina de Barcelona— tendrá igualmente una finalidad de honda gratitud. Ya que la amable Ciudad Condal —que Lafora visitó frecuentemente— simbolizaba para el último de los discípulos más caracterizados de Santiago Ramón y Cajal un remanso de paz y de quieto civismo, una convalidación entusiasta de sus investigaciones en el laboratorio y en la praxis y un aula de su magisterio neuropsiquiátrico pluridimensional.

* Comunicación desarrollada en la Sesión del día 7-III-72.

Y aunque no cite más ideas y más argumentos —entre las motivaciones sentidas hoy— que los dados a conocer o manifestados en mis trabajos sobre “historia de la neurología clínica española”, “historia de la neurología en Cataluña” y disertaciones o notas —año y hogaño— conexas o subsidiarias del estudio de los programas neurológicos “inter nos”.

De tiempo vengo cultivando con ahínco y fervor la pequeña historia contemporánea de la neurología gentílica y lo que pudiéramos llamar sencillamente crónica del movimiento, también neurológico, observado local, regional y nacionalmente.

Hacer o bosquejar historia —documental o vivida— y redactar una crónica nada subjetiva de los hechos médicos que le impresionaron a uno o que originó uno mismo, es ennoblecerse o ambientarse, siendo justo con los que abrieron una zanja en tierra yerma, fertilizaron una mies o un caduco retoño y lo legaron a unos deudos espirituales para una perpetuidad evolutiva, brillante y útil, quizás anónima.

Por eso gusto de recorrer en vaivenes, trayectorias individuales o colectivas de esforzados y de sacrificados ante una conquista biológica, un anhelo cultural, una vocación docente o una realidad sanitaria, de pura asistencia nosológica o de higiene y profilaxis de males.

Y así he recordado con cariño y agradecimiento la magna obra neurohistológica de Santiago Ramón y Cajal, al que calificaría de reformador, y de

sus buenos predecesores y seguidores. v. gr., Luis Simarro.

Como también he glosado la gesta de los Barraquer, en Barcelona, precedidos y seguidos, igualmente, de adelantados o de maestros y notables alumnos en una especialidad profesional de místicos.

Antecedentes que justifican el volver a tributar personalmente al extinto de que hablo, cuanto le debo en el ámbito proteiforme de mi recorrido científico, profesional y de expansión neurológica, inicialmente de marcado contexto neuropsiquiátrico.

Aprendí de Lafora —junto al puritano, hipercrítico y malogrado José M. Sacristán— una “liturgia” en la adquisición y examen de los problemas médicos y una aplicación ortodoxa al cuidado de los enfermos. “La Salpêtrière” galvanizó a renglón seguido mi tendencia neurológica y en el mayor predominio neuropsiquiátrico barcelonés de la época (1918-1925) supe abordar cumplidamente la faceta neurológica de lo más psiquiátrico.

En mí —por lo menos— influyó sobremanera el ejemplo y el pensamiento aleccionadores de Lafora, como maestro, como hombre, como amigo. Fui en las provincias hispánicas uno de tantos, callado y obsequioso, si bien en mi urbe mediterránea logré polarizar la atención de lo que meritaba el síndrome anatomopatológico, visto lo clínico desde un ángulo fundamentalmente descriptivo y práctico a la usanza de los grandes médicos catalanes (Barraquer Roviralta y otros de diversas especialidades profesionales) y

afrontado lo patológico, lo neurohistopatológico, con la tónica y el rigor de examen macro y microscópico cajalinos.

No me han pesado jamás —en lo neurológico y tal vez en otros aspectos de la vida— cultivar un terreno bipartito. Entusiasta de la proyección universalista —nimbada de ciencia germana— de los vates madrileños del 98 y defensor acérrimo del credo más nuestro —con aires y moda parisinos— de una formación íntima y liberal vinculada a las populosas y democráticas “Ramblas”.

El batallador, incansable, simpático, crudito, polemista, viajero contumaz y que irradiaba amistad y devoción, maestro Lafora, dio a luz en 1919 —del brazo del filósofo y pensador José Ortega y Gasset y del más real de los clínicos psiquiatras José M. Sacristan— “Archivos de Neurobiología”, publicación elogiada y patrocinada por Cajal. Anteriormente, dos revistas de vida limitadísima, se ocuparon “in partibus” de la fructífera Neurología. Las dirigieron E. Fernández Sanz y T. Gaztelu, en Madrid, y J. Gimeno Ricra, en Zaragoza. Y alguna más tuvo en su epíteto el confuso adjetivo de “nerviosas”, el más utilizado a la sazón.

Y después, otras dos también, se leen con agrado y provecho a los 25 años de su fundación. Me refiero a las editadas por J. J. López Ibor, en Madrid, y J. J. Barcia Goyanes, en Valencia. Pero el triunfo y el éxito otorgados a “Archivos” se mantienen vi-

brantes al medio siglo largo de haber nacido.

El alma de dicha revista, hasta su muerte, acaecida a los 85 años de edad, fue el ínclito Lafora, mi primer mentor neuropsiquiátrico extrafamiliar, que me enseñó a saborear los conocimientos y el sentimiento ecuménicos impartidos en la Residencia de Estudiantes de la calle del Pinar (zona del Hipódromo), allá por los difíciles años de 1916-17.

Lafora encarnó de veras el espíritu mejor, quizás el óptimo de la “Junta para ampliación de Estudios e Investigaciones científicas”, regida admirablemente por José Castillejo desde la Secretaría.

El ascetismo, el virtuosismo nato, que inspiraran Francisco Giner y su grupo y que propugnara en su Laboratorio, en su Instituto, Cajal, hizo descubrir y favorecer legítimos valores científicos de la talla mundial de Nicolás Achúcarro, Pío del Río-Hortega y G. R. Lafora, para citar tan sólo mis predilectos en Neurología.

Lafora —que no se apartó de las directrices señaladas por Cajal —obtuvo de Simarro y de Miguel Gayarre pormenores técnicos y lecciones de experiencia y de inquietud ponderadas, escuchó los consejos del joven Achúcarro y guardó la más natural fidelidad científica a los investigadores del Cajal, desde Jorge F. Tello y Río-Hortega a F. de Castro y sus alumnos. Participó en su labor, muy directamente, al regentar el “Laboratorio de Fisiología cerebral”, donde trabajó y adiestró a famosos colaboradores, neuro-

fisiólogos, psiquiatras y neurocirujanos.

Pero se lanzó —de consuno— a los derroteros que exige la praxis, en lo más aplicativo de la clínica neurológica médico-quirúrgica, de la clínica psiquiátrica viejo cuño kraepeliniano, de la naciente psicopedagogía y de la seductora higiene mental.

Desbordado el ámbito del Cajal, representó en el Madrid de la postguerra del 14 el neuropsiquiatra “vera efigies” de la clientela, una de sus metas, la áurea de los pacientes, y en torno suyo se movió otra legión de alumnos, neurohistopatólogos, neurofisiólogos, neurólogos clínicos, neuropsiquiatras y psicólogos, ambivalentemente muchas veces. Díganlo si no los colegas que recabaron su libre docencia y que volvían a las capitales del país: Santiago de Compostela, Salamanca, Bilbao, Zaragoza, Málaga, etc.

El fisiólogo Juan Negrín, los eximios clínicos Juan Madinaveitia, Gregorio Marañón y Teófilo Hernando y el epidemiólogo Gustavo Pittaluga, entre bastantes más, contribuyeron a alentar sus positivos designios, que tanto iban facilitando el auge, en España, de la postergada o casi ignorada nueva neurología clínica de raigambre anglosajona o latina.

Emilio Mira y López, conmigo, nos valimos en Barcelona del magisterio irradiado por Lafora. De “Archivos” fuimos unos de los primeros redactores. Y más tarde, en nuestras empresas culturales, demandamos al maestro un obvio apoyo, brindado eficazmente y no extinguido, luego, en múltiples ac-

tos de reciprocidad aquí y fuera de aquí.

El ser o estimarse discípulo y amigo de Gonzalo R. Lafora, en los medios neurológicos “nostras” o internacionales, constituía un buen timbre de gloria. Todos los neurólogos del mundo apreciaban sus descubrimientos histopatológicos, su inteligencia, su sabiduría y su lógica vocación neuropsiquiátrica y se nos mostraban atentos y delicados.

No separaban el nombre de Lafora de los más consagrados de la reverenciada Escuela de Cajal o del ilustre clínico que describió la “lipodistrofia céfalo-torácica”. Y nos distinguía, en Europa y en América (nórdica o ibérica), el marchamo de barceloneses ligados a la dual égida de Lafora y Barraquer.

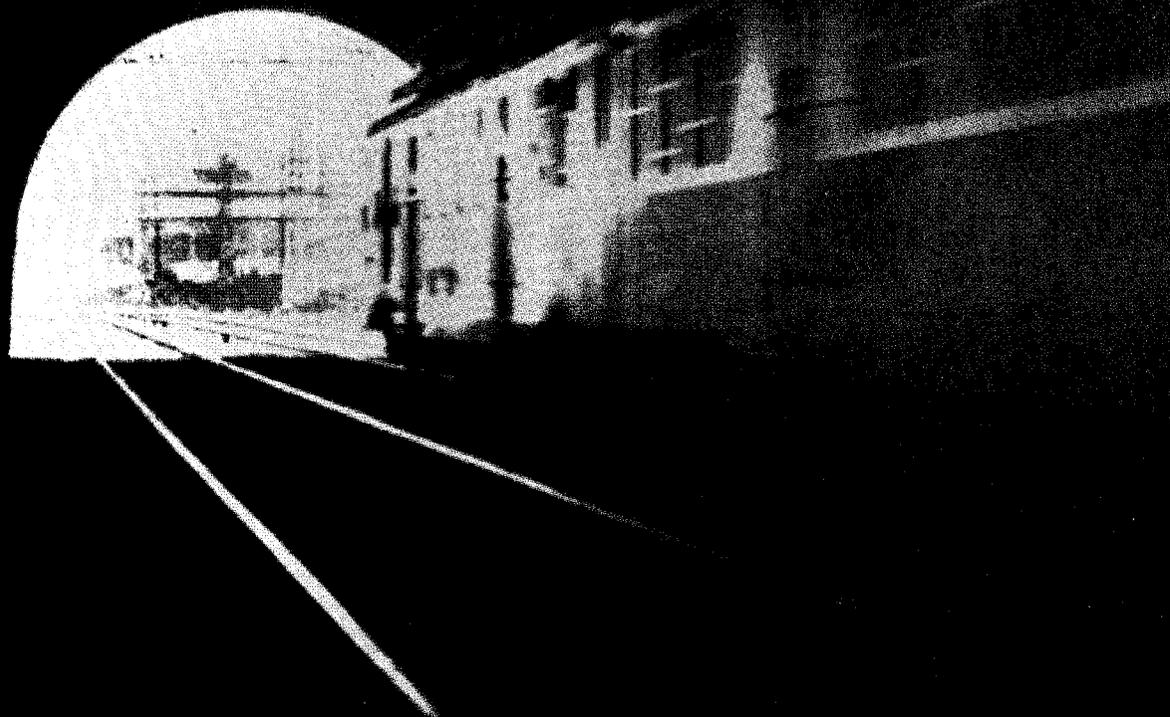
Dorada etapa la de aquel entonces, influida por Lafora. Yo soy todavía, fiel a la misma.

* * *

Lafora y Sacristán, tan opuestos en su ejecutoria vital, fueron modelo de colaboración mutua y afectiva. José Sanchis Banús (fallecido antes de nuestra guerra civil), Antonio Vallejo Nágera (incorporado a la lista de actividades neuropsiquiátricas en 1927) y Juan José López Ibor (catedrático de la Universidad Complutense, aún en pleno dinamismo oficial) no lograron siempre la amistad inmanente de Lafora. Cuestión de temperamento, de puntos de vista y de hábitos en el saber y en la forma de discutir hechos y teorías, de echar mano de la oratoria

**GAMMA
GLOBULINA
HUBBER**

**aporte del tren
inmunitario completo**



Hemoce^{*}

**sustituto
del plasma
a base de
polipéptidos**

siempre
dispuesto

P.V.P. Ptas. 363'90



Conocido internacionalmente
como **Haemaccel**



BEHRINGWERKE AG
MARBURG-LAHN

S. Behring

al disertar en público, de intervenir muy antitéticamente en Universidades, en Academias, en Congresos, etc., etc. De espíritu más bien valenciano tres de ellos y castellano del viejo Reino de León el cuarto, se respetaron en los medios científicos, pero no aunaron esfuerzos, ni fundieron sus anhelos en política sanitaria, docente y simplemente cultural. Acaso —modificando unos términos— sucedió lo del incomprendido o lo del mal evaluado entre los suyos.

No obstante, el elenco de queridos y aventajados discípulos, de colaboradores inmediatos o foráneos y de los tenidos únicamente por secuaces de un ideario médico, se daba por incalculable en nuestras latitudes de feroz individualismo, de luchas de signo harto dispar y de apetencias de cargos, de honores y de mando, con “influencia” omnímoda en los extensos predios de la Ciencia, de la Administración del Estado y de la Sociedad.

El mayor porcentaje de esos discípulos accedieron a sus puestos de trabajo sin el empuje “material” de Lafora. Fenómeno inaudito, que aplaudo.

Lamentaría omitir nombres, si bien entresaco fácilmente de mi memoria los de Miguel Prados, José Germain, Sixto Obrador, Luis Valenciano Sr., Justo Gonzalo, N. López Aydillo, Enrique Escardó, R. Rey Ardid, Rodríguez Somoza, A. D. Borreguero, M. Bustamante, Rojas Ballesteros, Bartolomé Llopis, Diego Gutiérrez Gómez, F. Llaveró y no acabo la serie de los más conspicuos, en Madrid y el resto de España.

Román Alberca y José M.^a Aldama —hechura del formidable y admirado levantino J. S. Banús— vieron en Lafora a otro preceptor o consejero.

El neuroanatómico y neurocirujano Barcia Goyanes estimó en su normal dimensión la voluntad científica, sus proyectos hospitalarios y académicos, su prosapia.

Y en esta Barcelona conquistadora, inconformista, leal, diligente y menos “clasista” de lo que parece, desde Barraquer abuelo a Antonio Subirana, mencionando a Ignacio de Gispert, Eduardo Tolosa, C. Oliveras de la Riva, Adolfo Azoy Sr., Adolfo Ley Sr., etc. —otra serie inacabada de admiradores o de educandos “a distancia”— agregaron bastantes de sus pertenencias, regularmente, a las del tan genérico maestro Lafora.

Incluso el venerable Celestino Vilumara, el estrambótico y talentado Buenaventura Clotet, el prometedor Corachán Llorca (víctima de la guerra) y el tenaz Barraquer Bordas, alabaron la influencia de Lafora en el desenvolvimiento moderno —para nosotros— de las Ciencias Neurológicas.

Finalmente, Joaquín Gimeno Riera —aragonés de pura cepa, honrado y recio en su quehacer asistencial y de publicista— secundó decididamente los propósitos neuropsiquiátricos de Lafora.

El ímpetu y la enjundia de la obra de nuestro maestro e invariable amigo, ha surtido sus efectos —francamente lucrativos— en la nación entera.

* * *

En Madrid —después de visitar y trabajar, como estudiante postgraduado e investigador, clínicas y laboratorios de Alemania y de EE.UU. de A.— llenó el grandísimo vacío que pronto dejara al fallecer el eternal Nicolás Achúcarro.

Bullían a la sazón —más que nada— los internistas y los psiquiatras. Prototipo del internista dogmático, omnicomprendido y piadoso era Antonio Simonena. Y del psiquiatra —entendiendo yo— un grupo de atareados médicos militares, con título castrense de especialistas, integrado por Antonio Fernández-Victorio, Santos Rubiano, César Juarros, González Deleito, Vallejo Nágera, etc.

Enrique Fernández Sanz —profesor, académico y excelente clínico— y también Raúl de Montaud y E. Mesonero Romanos —discretos neurólogos y publicistas— no carecían de clientela válida y de más modesta fama.

De Miguel Gayarre y de José M. Sacristán ya he expresado mi opinión, como investigadores, clínicos y entes de amplísima cultura.

Y si al presente Gonzalo Moya y Gimeno Alava triunfan en sus modélicos servicios hospitalarios, un halo de su prestigio y de su nombradía —ya formados en el extranjero —deben atribuírselo a lo realizado por Lafora, a lo que consiguió para la neurología hispana, desde Madrid, desde México, en sus relaciones de acá y acullá cuando viajaba y en las Reuniones y los Congresos Neurológicos si intervenía doctamente en ellos.

Y algo semejante —repito, insisto—

habríamos de declarar en Barcelona. Somos lo que somos por nosotros mismos —es cierto— y la lección, la influencia, en lo más ecuménico de la vida científica, de un perínclito neurohistopatológico, orgullo de tantos discípulos y amigos.

Muchos neurocirujanos coterráncos, que trabajaban en el “Laboratorio de Fisiología cerebral”, dirigido por Lafora, acreditan del guía una experiencia, una inspiración, una advertencia útiles.

Y en Córdoba, v. gr., el pensador y el clínico neuropsiquiatra, tan batallador como él, Castilla del Pino, ha hecho la apología objetiva del maestro, de su influencia en el auge de la neurología patria, con el reconocimiento de un nieto espiritual digno de tal calificativo.

Las páginas del matutino “El Sol”, que gobernara entonces Manuel Aznar, recogieron los artículos, las notas y los deseos de información, asimismo muestras de la capacidad polémica, honesta y temible, de Lafora, el supedante en la década de los 20.

Fisiólogo, psicólogo, pedagogo-terapeuta, clínico “sensu strictiore”, escritor, divulgador y progresista exponía teorías y conceptos varios, rebatía otros, satisfaciendo las necesidades de una objetividad, de una imparcialidad, de una ponderación, de una armonía ciudadanas. Los momentos eran de un apasionamiento hiperbólico, confesional y político.

Los “milagros de Lourdes” superaron del análisis del médico y del psicólogo, en contraposición a un sacer-

dote, a través de una diatriba que se hizo célebre y molestó a los fanáticos. Y una campaña llegó a desvirtuar la intención biológica de un gran facultativo. Sus adeptos, no en globo, pero sí celosamente elegidos, yo fui uno de los marcados, hubimos de responder a la fuerza de una imputación de conveniencia, a los dos lustros. Signo de una etapa de pelea, abierta o sorda. Hoy, acalladas muchas pasiones, no sufriría la persecución, ni se me tildaría de incrédulo, a la vera del diálogo impulsado por el maestro. Es más, en un ambiente de dogma, he podido hablar de "milagros", admitiéndolos o rechazándolos clínicamente. Y de nuevo, con tantísimos, doy las gracias a Lafora por la influencia que ha ejercido en los sentimientos de un pueblo de brutales instintos y de obligados sacrificios, en la depurada asistencia privada y colectiva de los llamados enfermos nerviosos y mentales y en el crédito neurológico de las personalidades que viven, en el ocaso unas, en vigor titánico otras y en su conjunto menos fosilizadas o temerosas de un avance, de una oposición o de un enfrentamiento o repulsa en público. La inseguridad en la acción desalentaba a algunos y el egoísmo a los restantes. Mientras, la Neurología —estampa de cenicienta— vivía a lo recoleto. Mas el debelador Lafora, seguro de sí mismo, espoleó —frente a una colectividad pusilánime y disgregada— las balbuceantes peticiones de los neurólogos emancipados.

* * *

Pretendo enumerar, sistemáticamente, por último, las actividades de todo orden llevadas a término y trazar un perfil caracterológico del español universal que alcanzó a ser —para los neurólogos— uno de los hijos predilectos del gigantesco magisterio de Cajal.

Neuropatólogo, neurohistopatólogo, inicialmente, bajo el dominio riguroso de su mentor y, luego en el periplo berlinés o cuando elaboró sus más importantes contribuciones originales de la flamante anatomía patológica en el Manicomio Federal de Washington, logró la deferencia amistosa y el respaldo de los severos profesores germanos y estadounidenses.

Trabajó, igualmente, en las Escuelas —siempre eficaces y brillantes— de Munich y París.

La más conforme de las investigaciones morfológicas del sistema nervioso en su aún poco trillado campo, encandiló sobremanera al joven médico que procedía de una Villa ochocentista.

A su regreso a los lares, el trato que imponía el oficio de clínico —nada ajeno a su quimera de galeno, que iba a hermanar la praxis legendaria y moderna y la investigación biológica del solitario— le exigió aparecer y portarse como un realísimo neuropsiquiatra, secuela de la idea anatómico-clínica en una especialidad no dividida —por lo que fuere— en neurología y psiquiatría clínicas.

Muy pronto echó de ver que le faltaban dos sostenes cognoscitivos más: el de la neurofisiología, sobre

todo cerebral; y el de la psicología, fundamentalmente médica.

Su clientela —numerosa y selecta— le empujó, sin las obvias y terro-ríficas impedimentas de consuetud, al perfeccionamiento y al usaje de técnicas fisiológicas y psicológicas, con objetivos lucubrativos y especulativos y —de rechazo— para una mejor curación normal o pedagógica de toda clase de dolientes neuro-psíquicos.

El cuidado de los enfermos y la investigación básica, es decir, la práctica habitual de la carrera y los trabajos neuro-psico-biológicos, no le restaron horas y afanes al impartir una válida enseñanza libre, al efectuar la visita hospitalaria pública (Hospital provincial), al escribir memorias y libros científicos y al terciar en Academias, Sociedades y Congresos, nacionales y extranjeros.

No eludió jamás los deberes sanitarios higio-profilácticos (individuales y colectivos) y el corolario médico-forense de los informes periciales relativos a locos y accidentados.

Meta del omnisciente, sagaz, pródigo, aplicado o celoso, de su facultad, de su misión generosa.

Tradicional concurrente a la Academia Médico-Quirúrgica Española y, ulteriormente, de la Real Academia Nacional de Medicina, creyó justificando dimitir la posesión de una Medalla al elegirse un sucesor, poco idóneo, de su maestro Cajal.

En la Asociación Española de Neuropsiquiatras y en la Sociedad Española de Neurología, tomó parte activa

desde el principio, al fundarse en Barcelona los años 1924 y 1949 respectivamente.

Ha participado a menudo y certeramente en Reuniones y Congresos, singularmente los Internacionales de Neurología y de Neuropatología. El "comité español" de los de Berna, Londres y Copenhague los presidió él.

Desde el Consejo Superior Psiquiátrico afrontó problemas inherentes a la asistencia de enfermos nerviosos.

Y vio con especial agrado, defendiendo el acierto que supone, la institución de cátedras de Neurología en las Universidades de Barcelona y de Pamplona y asimismo la creación del Instituto Neurológico Municipal de Barcelona y demás servicios especializados neurológicos y neuroquirúrgicos en el vasto territorio hispano.

Su carácter duro o enérgico, su intelecto superior, su óptima pasantía universitaria, su cultura de tipo enciclopédico y su voluntad en las tareas, explicarían las directrices de este hombre arquetipo en un período espinoso del siglo, que los médicos sanamente rebeldes e íntegros vencieron a la larga.

Luchador impenitente, polemista fantástico y enemigo acérrimo del oropel y del disfraz de hombría de bien, sin las dotes de una oratoria de lustre, quedo y remiso o monótono en los parlamentos académicos, la justicia que exhortaba le conducía a situaciones de aplauso.

Los indebidamente postergados y humildes le adoraban y los encumbrados o vanagloriados le menospreciaban o le tenían entre ojos.

Exaltaba y protegía al bondadoso, con o sin un más reducido nivel mental en la inteligencia, que al superdotado infértil, pícaro o astuto, perturbador en el fondo.

Encarnó la imagen de prócer representativo de una conveniente —en múltiples fases —política sanitario-científica-académica, nada heterodoxa y apenas redituable en lo mutual de las cosas.

Bibliófilo empedernido, lector atento de las novedades, ducho en las cuestiones de arte, políglota y amante del viaje instructivo, divertido y más que común en su hábitud, alegraba a todos en sus charlas y en las excursiones y visitas a monumentos y pinacotecas.

Discusión. — El Presidente (doctor L. Trías de Bes) agradece al disertante la evocación —tan cariñosa y tan justa y objetiva— de la figura de un gran maestro y se congratula del interés que siempre tiene en aportar notas y contribuciones de índole histórica, muy a menudo de algo vivido.

Nuestra Academia no parece nada ajena a la importante misión de estudiar los viejos documentos y de redactar la crónica más contemporánea.

Sabiduría, immanente sabiduría, de los distinguidos, de los preclaros. Yo me atrevería a testificar que buscó el modo de ser natural, con un genio de estoicismo, de fortaleza y de independencia en la conducta.

* * *

Deploraría mis inexactitudes, de haberlas, como también las eventuales mortificaciones o fastidio que pudiere causar. Mas huiría, ¡loor a un extinto venerable!, de una queja por anfibólicos pormenores.

Lo sustancial es reverenciar un alto espíritu de medida y una obra ventajosa para la Ciencia, la Sociedad y el suelo que pisamos.